



Mi Arresto Y Rescate

por Dr. H.C. Morrison

Fue durante la semana de Navidad que yo fui arrestado y llevado a corte. Era un muchacho muy joven; andaba en mi decimocuarto año. Cumpliría catorce años de edad el diez de marzo venidero. Fui tomado en el acto; no había excusa. Parecía no haber ninguna ayuda o esperanza para mí. Yo tuve la culpa. Fui puesto en el banquillo de los acusados, la puerta se cerró. Un policía grande se inclinó sobre la puerta, y me miró con un aire de satisfacción al pensar que me tenía en su poder, y que de seguro sería castigo.

Yo me sentí totalmente inútil; no podía ni siquiera llorar. Había derramado todas las lágrimas de mi cuerpo; mi semblante estaba inexpresivo, excepto que sentía que el peso de mi culpabilidad y mi ruina me aplastaba hasta el polvo. El juez estaba en su silla grande pero no osé mirarlo. No tenía esperanza de perdón, y sabía que la justicia sería mi ruina.

El edificio de los tribunales estaba lleno de gente. Todos me miraban mientras yo permanecía en el lugar de los acusados recibiendo miradas de acusación que parecían decir, “Juez, aplíqueme el peso de la ley y salve a la sociedad de más problemas.” Finalmente, el secretario anunció el comienzo del juicio y mi caso fue el primero. El juez preguntó al secretario si el muchacho tenía a alguien que lo representara. “Representante” era una palabra nueva para mí; supuse que mi representante iba a ser mi verdugo. El secretario contestó que no tenía a nadie. El juez entonces dijo a un abogado que estaba cerca de él, “Lo nombro a usted para que represente a este muchacho. El abogado se levantó y caminando lentamente entre las sillas, se acercó al lugar de los acusados, hizo a un lado al policía, abrió la puerta y entró. Yo estaba azorado con temor, me agaché en un rincón, y con ojos llenos de horror, miré a mi abogado. Él tenía un rostro maravilloso; era fuerte y calmado, lleno de bondad y belleza increíble. Noté una lágrima que rodaba por una de sus mejillas. Esa lágrima me ayudó grandemente. Se sentó y puso su brazo alrededor mío. Parecía que mis huesos se descoyuntaban y apenas respiraba. Mi abogado me atrajo hacia él. La presión era suave y, sin embargo, fuerte. Parecía restaurar mis huesos, relajar mis nervios, y comencé respirar más profundamente. Inclinando su cuerpo, su barba sedosa tocó

mi cara bronceada por el sol, y poniendo sus labios cerca de mi oído, dijo, “Mi pequeño amigo, ¿eres culpable?” Yo no podría haber mentido a él ni aun para salvar mi vida. Con voz temblorosa contesté, “Sí Señor, soy culpable de mucho más que lo que ellos saben.” “Bien,” dijo él, “no crees que será mejor para nosotros declararte culpable y ponerte a la merced de la corte?” Yo no sabía qué significaba ponerse a la merced de la corte, pero me sentía seguro que si él me ponía allí estaría en el mejor lugar que había para mí. Inmediatamente contesté en el afirmativo. Mi abogado me dio una palmadita suave en la cabeza, y se puso de pie mirando al juez.

Dijo: “Por favor, honorable Señor Juez, ha sido un privilegio ejercer por muchos años en su corte, y me he sentido contento al notar que cuando los fines de la justicia pueden ser asegurados, y la sociedad puede ser protegida, ha sido su prerrogativa mostrar misericordia. Yo agradezco a la corte por nombrarme para suplicar a favor de este pequeño muchacho. Él confiesa su culpabilidad. Su corazón está quebrantado, está lleno de contrición; ha sido un huérfano desde su infancia y está desamparado sin dinero, y ruega que se le tenga compasión.”

Yo extendí mis dedos delgados y sucios y tomé el borde del abrigo de mi abogado. Me así de él con el sentimiento que, si yo no lo soltaba, él me sacaría de esta situación. Pensé que su discurso se había terminado pero era meramente una introducción. Un silencio profundo cayó sobre la gran congregación y su voz suave se levantó hasta llenar la gran sala con la apelación más maravillosa. Él habló de niños huérfanos, de su soledad, de su condición vulnerable, de las tentaciones a que ellos estaban expuestos, de su desolación, que como corderos sin pastor estaban en un mundo lleno de lobos hambrientos que buscan qué destruir. Habló hasta que la gente dura se enterneció y los hombres viejos gimieron audiblemente. Habló hasta que las lágrimas corrían por las mejillas del policía; y mirándome, bondadosamente me preguntó si quería un vaso de agua. Estaba demasiado engreído en agarrar el borde del abrigo de mi abogado, en mirar su faz maravillosa, y en escuchar sus palabras admirables, como para querer cualquier otra cosa. Respiraba profundamente, y nueva vida y esperanza volvían a mí. Estaba entregando mi vida a mi abogado.

Mi abogado dijo, “Por favor honorable Señor Juez, si usted, en el espíritu de perdón, despidiera los cargos y pusiera al muchacho en libertad, yo mismo me comprometo ser su protector, a velar que él tenga un hogar y protección. Me haré responsable de que reciba una buena educación, y prometo dar a la sociedad un ciudadano útil y bueno.”

Apenas podía contenerme de llorar abiertamente por el gozo que sentía. Parecía que mi corazón iba a reventar dentro de mí en gratitud. Sentí cómo se me permitirían poner mis zapatos andrajosos en la banca sobre la que estaba sentado, y hacer brazos alrededor del

cuello de mi abogado y besar su mejilla una vez, y si por eso me tomaban y me sacaban para colgarme, moriría gritando de alegría.

En medio de su discurso maravilloso, mi abogado, en vez de dirigirse al juez como “honorable Señor Juez,” dijo, “Mi Padre.” Eso fue como una centella para mí. Vi que si el juez había nombrado a su propio hijo para abogar por mí, era muy probable que él oiría su súplica y me tendría misericordia. Los hombres lloraban por todo el edificio de tribunales. Yo agarraba con ambas manos el borde del abrigo de mi abogado; el policía había puesto a un lado su casco, había sacado su pañuelo, y había sepultado su cara en una inundación de lágrimas. Era un momento poderoso en mi enjuiciamiento; mi abogado había alcanzado su clímax. Él exclamó, “Mi Padre, este niño por quien yo abogo no es otro que mi hermano.” Vi inmediatamente que si el juez era el padre de mi abogado, y el abogado era mi hermano, entonces el juez era mi padre también. No pude contenerme más. Di un gran grito de regocijo, me levanté del banquillo de los acusados, me precipité hacia la silla del juez y me arrojé en su seno. Él me abrazó un buen rato con una presión tierna que parecía hacerme una criatura eternamente nueva.

Con sus brazos alrededor mío se puso de pie y dijo, “Regocíjense conmigo, porque mi hijo que estaba muerto, vive, y que estaba perdido ha sido hallado.” La muchedumbre entera en el edificio de tribunales se desbordó en llanto y risa. Las personas se abrazaban unas a otras; todos parecían querer darme la mano. Todos felicitaron a mi abogado, y nos reímos, lloramos, y gritamos juntos.

Apenas necesito decirles que el edificio de los tribunales fue una iglesia Metodista, que el juicio era un avivamiento, que la Palabra de Dios me arrestó y me trajo, condenado y convicto, ante la justicia; que el Padre Eterno era el Juez sobre el trono, y que el Señor Jesucristo era el abogado quien abogó mi caso, ganó mi perdón, y aseguró mi salvación eterna.

Recuerdo esa gran ocasión cuando, agobiado y cargado de culpa, encadenado por el pecado, Jesucristo intercedió por mí, rompió mis cadenas, quitó mi culpa, y ante el trono del universo obtuvo para mí un perdón libre y completo, un perdón bendito y glorioso. Y me reveló el hecho bendito que el gran Dios – el Juez de todo el mundo – era, y es, mi Padre en el cielo.

Traducción por Rdo. Oscar H. Calderón